

Los hermanos le habían dado puntapiés y ni un trago de aguardiente quisieron compartirle para entrar en calor; no lo soportaban.

NARRATIVA



Los ciclos de la luz

ADÁN ECHEVERRÍA

35



Con la heladez pinchándole la carne recorría las bancas de la plazoleta, sin encontrar una que estuviera desocupada, para tumbarse a pasar la noche. Se refugiaba en las calles como una sombra, rumiando sus pensamientos y necesidades con lentitud, observando el momento oportuno para tomar de la basura lo que los otros hubieran desechado. Era débil. Los hermanos le habían dado puntapiés y ni un trago de aguardiente quisieron compartirle para entrar en calor; no lo soportaban. El frío era un cuchillo lunar, el viento un latigazo. Tenía que frotarse las manos sobre los brazos lampiños, mordiendo el aire, tiritando. Decidió echarse bajo el laurel vetusto, dentro del arriate, y como la sombra que se presentía comenzó a hundirse en la penumbra. Tuvo suerte que las rondas de los patrulleros no lo descubrieran, demasia-



do era soportar los vagabundos en las sillas del parque, pero encontrar gentuza destruyendo los jardines era inaceptable. Se vio sorprendido por la luminosidad en el interior del tronco. Apenas pudo abrir el ojo doliente, casi cerrado por los golpes que había recibido.

El resplandor ahí estaba, sintió la calidez y quiso ser parte de ella, acercar las manos al fuego, y el golpe de súbito, un calambre recorrió el espinazo, se le torcieron las piernas y sus músculos comenzaron a moverse sin control, mientras él solo podía acallar los gritos con la lengua entumida: el brillo, el brillo, el brillo del árbol, la diminuta voz de su conciencia: me muero, tuvo que pensar, me muero, y se miró en el columpio, el día era claro, su madre iba meciéndolo lenta y delicadamente, mientras su padre enfrente le estiraba las manos para que se sintiera feliz; aquellos adultos del recuerdo eran todo lo que le quedaba de la infancia, luego las correrías rompiéndole el silencio, su padre con la sonrisa quieta y el hilillo de sangre en la mandíbula, se había recostado en el cemento sin meter las manos, alguien gritaba ¡al suelo al suelo!, y ya no había manos que siguieran empujando su espalda, no podía mirar hacia atrás por miedo a caerse del columpio, se quedó quieto hasta que dejó de moverse, luego otro adulto y el brillo del metal que le cegó unos instantes; unas manos lo levantaron del sitio donde se quedó sentado, el hombre de la sonrisa quieta quedó ahí en el suelo, no vio más a la mujer que le empujaba, tal vez sería hermosa, sólo unas piernas recostadas en la arena, y el correr de todos hacia cualquier parte, un sonido hueco iba gritándole al oído, ¡están encapuchados, cambio, han caído civiles, cambio! y el sonido de la estática; la corredera, los pasos alejándose, cerró los ojos para perder para siempre la imagen de las piernas y la sonrisa petrificada; el brillo, el brillo y el ardor corriendo en barahúnda, sus músculos seguían en el estertor, sentía que se tragaba la lengua, la mandíbula comenzó a dejarse caer para que la saliva escurriera, el brillo, el brillo y una contaminación infame de silencio.

Silencio duro, pegajoso, que tapaba los oídos. Niebla brillante y poderosa se le metía en los párpados, no podía más que mover las órbitas de un lado a otro, de un lado a otro, y esas alas blancas fueron tomando forma en su mente, ese rostro y la sonrisa y las manos para recibirlo; miraba sus pequeñas extremidades y tenía miedo de voltear atrás, sentía las manos que lo empujaban de nuevo, el sueño que se repetía: mi queridito, mi angelito, mi pequeñito, ven con papi, ven con papito. Ven puto de mierda, te voy a dar lo que te mereces, lo que has estado pidiendo con tus

ademanes, ven con tu papi, y todos los cuartos de hotel que había recorrido; el rostro desencajado de los hombres que lo levantaban en la avenida. Ya no recordaba cuando comenzó a tragarse el semen, a entregar su miedo de abordar mujeres; le quedaba un latido en el insomnio, una nube púrpura se le plantaba en el labio partido, aquel director del orfanato que se metía entre sus sábanas, que lo llevaba a su oficina a recibir el castigo por ser tan callado, me gustas por tu boquita de nardo, podría enamorarme de ti, pequeñín, pero se que no soy la única, nunca el único para ti maldito maricón de mierda, y golpe a golpe aprendería, porque soy viejo, un maldito viejo con adicciones gastadas, y ni siquiera mi mujer ha podido comprenderlo; tendrás tu castigo por sonreírme tanto, esto quieres ¿no?; el pene colgando junto a sus labios y los golpes en el rostro, no me muerdas hijueputa, te voy a enseñar a ser mas dócil, a ser una señorita como debiste serlo siempre, y aprendió a no sonreír.

Se olvidó de las lágrimas para darse cuenta que no tenía mayor forma de sobrevivencia en la calle, que seguir entregándose para obtener comida, un lugar donde dormir, un poco de trago, un poco de hierba, pastas, no más dolor en el vientre, no mas diarreas, no mas piojos, las amistades de siempre porque a parque, golpe a golpe, su debilidad, sus lindos ojos aceitunados, sus rizos castaños, que le caían sobre los hombros, la mezclilla sucia y las camisetas de algodón donde se refractaba el brillo, el árbol, el césped, el parque; tienes que volver a Ishvar, la voz le calaba los oídos, él todo lo sabe y lo ve, todo lo siente; vuelve hacia la luz, ¿quién te lo ha dado todo?, Ishvar, tu dios que te acepta como eres, déjate llevar por su viento cálido que todo lo circunda, despierta hacia la calma de su espíritu, siempre estará a tu lado, sostendrá tu mano; las manos a la cabeza y los gritos ahogados en la baba que le cuelga y cae al pecho; debes volver hacia su luz, el brillo, el brillo, el árbol, el grito, y el ardor acomodándose en las costillas, no más desiertos de soledad, rari rari raro-tonga y venga la voz del cabaret a quemarle las colillas en los nudillos; mi yaar, mi querido pana, mi hermosura, ven a comprenderte; y así se había preparado para el gran robo, para la carrera, alguna

**Niebla brillante
y poderosa se
le metía en los
párpados, no
podía más que
mover las órbitas
de un lado a
otro...**

vez alguien tuvo la certeza de que sí era un niño limpio de tan usado, la cárcel le destruyó la amargura y de nuevo a las avenidas, alguien lo observó dolerse, lo miró abandonado y lo supo. Le dio cariño. Cariño salvaje de perro callejero al que se le da de comer en el patio. Ishvar que todo lo circunda, *levántate hermano*. Y aquel obrero se lo llevó a casa y le quiso dar un hogar, oh mi tierno jovencito de quince años, para disfrutar su brillante anito, su lampiño rostro, su cuerpo delgado de niña buena, su pecho de parvulito que tantas veces recorrió a besos; te amo, principito, trabajaré para ti, te daré mi pensión y ahí se estuvo hasta cumplir los 19; pero aquel obrero murió de cáncer y él tuvo que regresar a la calle; no tenía nombre, no tenía excusa para decir por qué habitaba esa casa, no tenía más que esas paredes donde su amado esposo lo escondía, lo escondía de todos y lo adoraba así, prisionero y secuestrado. Era un ídolo de piel. Le había enseñado a leer, aunque siempre era atolondrado, y los bastonazos en la mollera, y se le escapaba un diente y una mordida tenue, pero el obrero siempre sabía pedir perdón con un regalito, una salida a cenar a lugares discretos y casi abandonados, ese romanticismo de los que se enamoran y se reconquistan, una ida al cine, tomarse de la mano, ir al río a bañarse y a que le perforaran el culo con el ruido de las cascadas que se iban acercando; el obrero-esposo murió a los cincuenta, estaba joven, y el principito de nuevo a recorrer las calles, de parque a parque, de banca a banca, sobre las paredes, sin nada más que su propia sombra para contaminarse, a beber de las fuentes, a bañarse en la lluvia, defenderse de los hermanos que le esculcan los bolsillos, prostituirse por un bocado, un lugar donde dormir, entrar en los vagones, recorrer pueblos, escapar. Había matado, no una, varias veces, todo es cruzar la línea, todo es el primer golpe y salir corriendo. *Dios no te dejará caer*, soy Ishvar, soy esa luz que traerá paz a tu conciencia, el brillo, el brillo, siempre esconde la mano que jode al otro, o algo así, córtate el miembro que jode al otro, y el ano sangrante y la boca con olor a semen, y había arrancado varios penes, y la luz y los estertores, y tú como Ishvar que te perdona, todo se te perdona, levántate y anda. Anda a chingar a tu madre pin-

che mahometano, pinche dalai lama, dejen de joderlo que ya tiene demasiado con andar ebrio y madreado, para que vengan ustedes con sus cánticos de las cavernas y su imposición de manos que nadie les ha solicitado, y los hermanos de la calle, vinieron a espantar a los carroñeros de túnicas anaranjadas, esos rapaditos estilo kung fú que le hablaban al vagabundo dormido en el arriate.

Dejen de joderlo que lo picó una tarántula anoche y no se nos quiere morir de pendejo el pobre puto, y los pinches seguidores de Krishna, que lo habían encontrado, se alejan con sus ropas holgadas que van barriendo el polvo del parque, polvo somos y en polvo nos convertiremos, aún no es hora, no te nos mueras cabrón, y los Krishnas a ocupar su parte del jardín del parque para su repetido y diario tai chi, convocando a sus seguidores, oficinistas, amas de casa, los de la tercera edad, y los que vienen a ligarse a las solteras. Y todos los hermanos vagabundos se levantan, esconden sus cartones en los árboles, y lo miran babearse, con los ojos cerrados por los golpes, con el brazo casi negro por la picadura y el árbol de laurel incendiado de mariposas y luciérnagas, guarida perfecta para la tarántula que le ha encajado las quelas al pobre principito asustado, *qué pendejo eres mi perro*, como te atreviste a meter la mano en su nido, venga acá, lo llevaremos a urgencias a ver si lo quieren atender; almas nobles que protegían su bancacama durante la noche se hacen cargo de él, lo ayudan a ponerse en pie, lo arrastran hacia el hospital mientras los seguidores del agua-fuegoaire realizan sus acrobacias en busca de controlar el estrés de cada mañana, y mientras animan a sus seguidores, miran pasar a los vagabundos con el bulto humano sobre las espaldas, y aquellos continúan sus facetas de sonrisas y ensimismamiento, en esta mañana que se hace blanca.

Se olvidó de las lágrimas para darse cuenta que no tenía mayor forma de sobrevivencia en la calle, que seguir entregándose para obtener comida...

